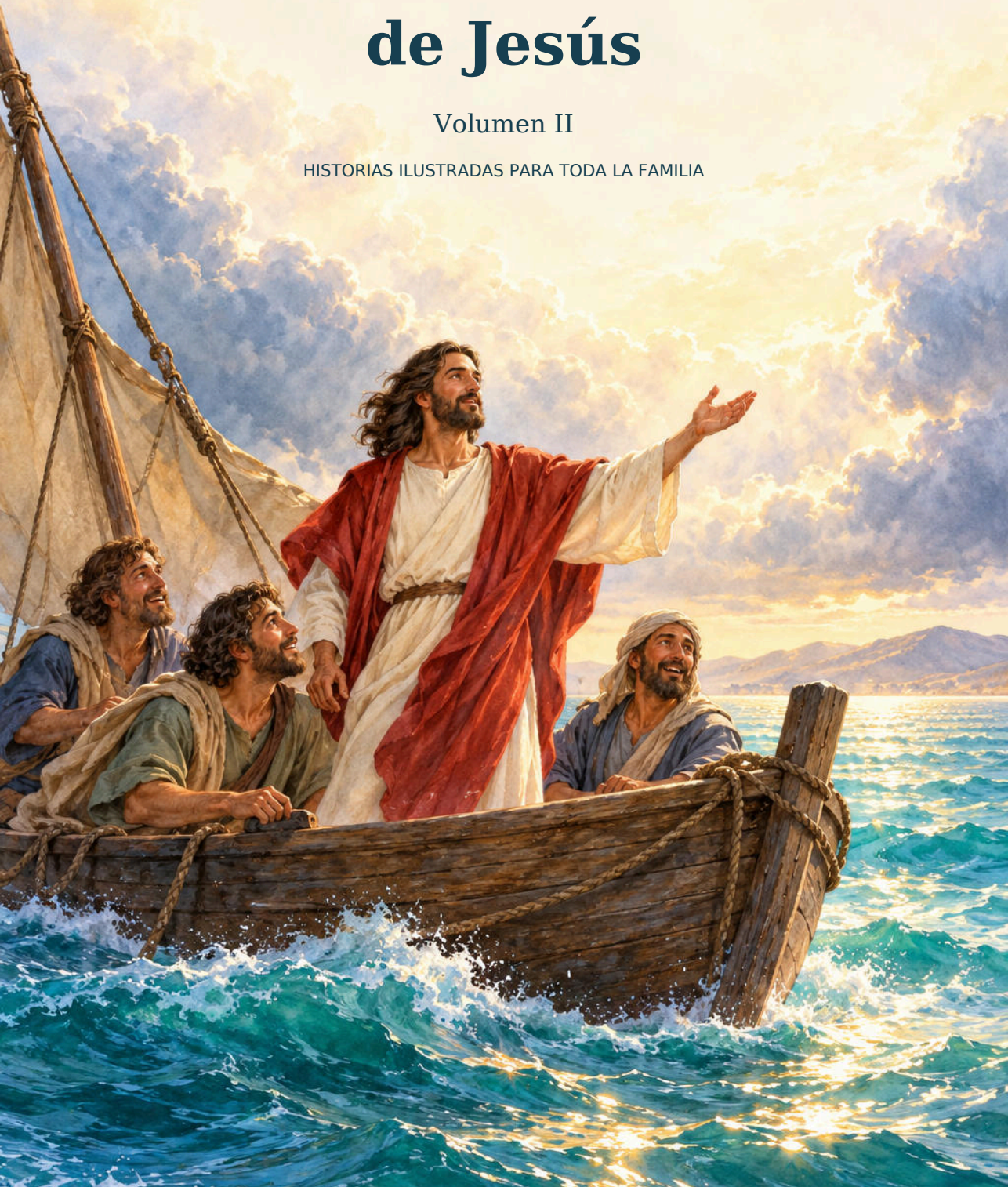


HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

Parábolas y milagros de Jesús

Volumen II

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA



UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS



Una historia leída con cariño crece con nosotros.



ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia



VOLUMEN II

Parábolas y milagros de Jesús

Once historias · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.



DONES, PERDÓN Y CONFIANZA

En este volumen

	11	Los talentos	5
		Mateo 25, 14-30	
	12	Los trabajadores de la viña	15
		Mateo 20, 1-16	
	13	El publicano y el fariseo	24
		Lucas 18, 9-14	
	14	El rico insensato	33
		Lucas 12, 13-21	
	15	El rico y el pobre Lázaro	42
		Lucas 16, 19-31	
	16	El siervo sin compasión	51
		Mateo 18, 21-35	
	17	Jesús calma la tempestad	60
		Marcos 4, 35-41	
	18	La multiplicación de los panes	69
		Juan 6, 1-14	
	19	Zaqueo en el sicómoro	78
		Lucas 19, 1-10	
	20	La hija de Jairo	87
		Marcos 5, 21-43	
	21	Bartimeo, el ciego	97
		Marcos 10, 46-52	

VOLUMEN II

Parábolas y milagros de Jesús



«No tengas miedo; ¡solo cree!».

MARCOS 5, 36

Sobre dones, perdón y confianza. Sobre
Cristo, cerca de la gente.

PARÁBOLA 11



Los talentos

Parábola de Jesús · Mateo 25, 14-30

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 6

Hablamos con los pequeños

p. 8

La historia completa · desde los 8 años

p. 9

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 13

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Era muy temprano, y en el patio de una casa grande nadie se estaba quieto. Los criados cargaban alforjas en camellos y burros. Se oían pasos apresurados, campanillas de camellos y el chirrido del portón. El amo de la casa emprendía un largo viaje.

Antes de partir, llamó a tres siervos y les confió su dinero. El dinero se contaba en talentos, y un talento era un verdadero tesoro: un pesado saco de plata.

Al primero le dio cinco talentos. Al segundo, dos. Al tercero, uno. Los conocía bien y le dio a cada uno lo que podía llevar. Luego se marchó.

El primero no lo pensó dos veces. Compró, vendió, trabajó de sol a sol. Y sus talentos se multiplicaron: ¡de cinco se hicieron diez!

El segundo también trabajó, con el mismo empeño. De dos talentos hizo cuatro.

El tercero miró su saco y le dio miedo. «¿Y si lo pierdo?». Tomó una pala, cavó un hoyo y escondió el talento en la tierra. Allí se quedó, a oscuras, sin servirle a nadie.

Pasó mucho tiempo. Un día, el portón volvió a chirriar: ¡el amo había vuelto! El primer siervo se presentó ante él con diez talentos.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

—¡Bien, siervo bueno y fiel! —le dijo el amo—. ¡Ven a alegrarte conmigo!

El segundo llegó con cuatro talentos. Tenía menos que el primero, pero el amo le dijo exactamente las mismas palabras:

—¡Bien, siervo bueno y fiel! ¡Ven a alegrarte conmigo!

Por último llegó el tercero, con tierra en las manos y el talento en brazos.

—Tuve miedo —dijo—. Lo escondí en la tierra. Aquí tienes tu talento.

El amo lo reprendió: ¿por qué no lo había dado al menos a alguien que trabajara con él? Le quitaron el talento, y el siervo miedoso quedó fuera, lejos de la alegría de los otros.

También a nosotros Dios nos da dones. Quizá tú sabes dibujar, cantar, escuchar o hacer sonreír a alguien. No hace falta tener cinco dones. Basta con no enterrar el tuyo.

Un don usado con cariño crece, como el trigo sembrado. Y el Señor está deseando decirnos también a nosotros: «¡Ven a alegrarte conmigo!».



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Cuántos talentos recibió cada siervo?

Respuesta: Uno recibió cinco; otro, dos; y el tercero, uno.

2 ¿Qué hicieron los dos primeros con sus talentos?

Respuesta: Trabajaron con ellos y ganaron otro tanto.

3 ¿Qué hizo el tercer siervo?

Respuesta: Tuvo miedo y escondió su talento en la tierra.

4 ¿Qué don te ha dado Dios a ti?

Respuesta: Cada uno tiene algo: dibujar, cantar, ayudar, ser amable...

LO HACEMOS JUNTOS

- Digan por turnos qué don bonito ven en los demás de la familia.
- Mañana usa uno de tus dones para alguien: un dibujo, una canción, una ayuda.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, gracias por mis dones.
Ayúdame a usarlos con cariño. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 4

En aquel tiempo, un viaje largo podía durar meses. Los caminos cruzaban desiertos y montañas, y los barcos esperaban el viento favorable. Quien se iba lejos dejaba su casa, sus campos y sus negocios al cuidado de otros, sin saber con certeza cuándo volvería. En el patio de un hombre rico, los baúles estaban atados y los camellos esperaban en la puerta, rumiando tranquilos. Los siervos corrían de un lado a otro con lo último para el camino.

Antes de partir, el amo llamó a sus siervos. Mientras estuviera fuera, parte de su fortuna quedaría a su cuidado.

Al primero le confió cinco talentos. Al segundo, dos. Al tercero, uno. Un talento no era una monedita que se pierde en el bolsillo, sino un pesado saco de plata, lo que un hombre ganaba en muchos años de trabajo. Hasta el que tenía un solo talento sostenía en las manos una pequeña fortuna.

El amo no les dio a todos lo mismo. Los conocía y le dio a cada uno según su capacidad. No les dejó órdenes para cada paso. Les dejó su confianza. Luego se marchó.

El que había recibido cinco talentos se puso enseguida a trabajar. Negoció con ellos: compró y vendió, salió en busca de mercancías, pasó las noches haciendo cuentas a la luz del candil. Unos días fueron buenos; otros, duros. Pero no dejó el trabajo a medias.

El de los dos talentos también se puso en camino. No miró con envidia los sacos del otro ni se quejó de haber recibido menos. Tenía bastante para empezar. Y empezó.

El tercero eligió algo muy distinto. No buscó un lugar donde trabajar con el talento, sino un lugar donde esconderlo. Cavó un hoyo, metió en él la plata del amo y apisonó la tierra encima.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 4

En el hoyo, el dinero estaba a salvo de ladrones. Pero con él quedó enterrado todo el bien que habría podido hacer. El hombre no lo intentó, y así no perdió nada. Solo decidió no hacer nada.

El amo estuvo fuera mucho tiempo. Mientras tanto, el primer siervo ganó otros cinco talentos, y el segundo, otros dos. Su ganancia no había crecido en un hoyo bien guardado, sino en manos que trabajaron.

Luego, un día, en la puerta volvieron a oírse las campanillas de los camellos. El amo había regresado y llamó a los siervos a rendir cuentas.

Llegó el primero, radiante:

—Señor, cinco talentos me diste. Mira, he ganado con ellos otros cinco.

—¡Bien, siervo bueno y fiel! —le dijo el amo—. En lo poco has sido fiel, te pondré al frente de mucho. ¡Entra en la alegría de tu señor!

Cinco talentos eran una fortuna, y aun así el amo los llamaba «poco». Para él, más que la plata valía el siervo que había demostrado ser digno de confianza. Ahora lo llamaba más cerca: a su alegría.

Llegó luego el segundo, con cuatro talentos.

—Señor, dos talentos me diste. Mira, he ganado con ellos otros dos.

Si todo se hubiera medido en plata, el elogio habría sido menor. Pero el amo le dijo, palabra por palabra, lo mismo que al primero: «¡Bien, siervo bueno y fiel!». También a él lo llamaba a la misma alegría. No había tenido que ser otro. Había sido fiel con lo que él había recibido.

Por último llegó el tercero. Sostenía el talento, todavía sucio de

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 4

tierra, y hablaba deprisa, como quien traía la excusa preparada de antemano:

—Señor, sabía que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo.

El talento podía contarse y devolverse; el tiempo para trabajar con él, no. Los otros dos venían con el fruto de su trabajo. El tercero, con una excusa.

—¡Siervo malo y perezoso! —le respondió el amo—. Debías haber dado mi dinero a los cambistas, y yo, al volver, habría recibido lo mío con intereses.

Entre el trabajo de los dos primeros y su hoyo había un paso más pequeño: dárselo a los cambistas, los que cambiaban y prestaban dinero. Ni eso hizo. El miedo no lo libró de perder. Solo lo dejó inmóvil.

Entonces el amo mandó que le quitaran el talento y se lo dieran al que tenía diez. El siervo inútil fue echado fuera, a la oscuridad, lejos de la alegría en la que habían entrado los demás. La parábola termina con dureza para el hombre que enterró su don.

El Señor Jesús contó esta parábola a sus discípulos pocos días antes de su Pasión, como palabra para guardar en el corazón. En la historia se hablaba de plata. En nuestra vida, los talentos tienen otras caras: la habilidad, el tiempo, la capacidad de aprender, la paciencia de escuchar.

Un niño que sabe leer puede leerle un cuento a su hermano pequeño. Quien tiene manos hábiles puede arreglar algo roto. Quien

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

4 / 4

ve a una persona sola puede sentarse a su lado. Cada una de estas cosas es un talento sacado del hoyo.

No todo intento sale bien a la primera. Pero equivocarse mientras aprendes no es lo mismo que negarte a empezar. El tercer siervo no fue reprendido por intentarlo sin lograrlo. Fue reprendido porque ni siquiera lo intentó.

Y el Amo de la parábola no está al acecho para sorprendernos en falta. Espera el día en que pueda llamarnos, a cada uno, a su alegría.



«Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, te pondré al frente de mucho; entra en la alegría de tu señor».

Mateo 25, 21



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Los dones de Dios crecen cuando los usamos con amor por él y por los demás.

Los talentos de la parábola no son solo dinero. Los Santos Padres nos enseñan que los talentos son todos los dones recibidos de Dios: la vida, la salud, la inteligencia, una voz bonita, unas manos hábiles, la paciencia, nuestro tiempo y, sobre todo, la gracia recibida en el bautismo. Unos recibieron más y otros menos, pero nadie se quedó sin ningún don. Y Dios no nos pregunta cuántos hemos recibido, sino qué hemos hecho con ellos. El error del tercer siervo no fue perder el talento, sino enterrarlo. Tuvo miedo, se imaginó que su amo era duro y eligió no hacer nada. El miedo y la pereza nos llevan a esconder nuestros dones: «No canto lo bastante bien», «No vale la pena ayudar, total, da igual». Pero un don escondido es como una vela puesta debajo de la cama. Los dones solo se multiplican cuando los damos.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

A tu edad es fácil compararse: otros parecen más talentosos, más guapos, más populares. La parábola te dice algo liberador: el amo elogió igual al de los cinco talentos y al de los dos. No estás llamado a ser otra persona, sino a trabajar con lo que tú has recibido. Y el «hoyo» de hoy tiene muchas formas: horas enteras perdidas con el teléfono, un talento dejado de lado porque «nadie me ve», o el miedo a equivocarte, que te deja parado. Pregúntate con sinceridad: ¿qué don he recibido y lo he enterrado?



Hablamos en familia

1 ¿Cuántos talentos recibió cada siervo?

Respuesta: Uno cinco, otro dos y el tercero uno, cada uno según su capacidad.

2 ¿Qué hizo el siervo de un talento?

Respuesta: Cavó un hoyo y lo escondió en la tierra, por miedo y por pereza.

3 ¿Por qué el amo elogió igual a los dos primeros?

Respuesta: Porque los dos trabajaron con fidelidad con lo que recibieron, fuera mucho o poco.

4 ¿Qué talentos ha recibido cada uno de nosotros, en la familia?

Respuesta: Cada uno dice qué ve: un talento, paciencia, alegría, manos trabajadoras, tiempo para dar.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Cada uno en la familia dice qué talento ve en los demás. Escribanlos en papelitos y pónganlos junto a los iconos.
- Esta semana, usa uno de tus dones para otra persona: canta para tus abuelos, ayuda a un compañero con una lección, dibuja una tarjeta.
- El juego de las semillas: planten una semilla en una maceta y riéguenla cada día. Hablen de la diferencia: la semilla cuidada da fruto, pero el talento escondido en el hoyo no dio nada.



ORACIÓN BREVE

*Señor, te doy gracias por los dones que me has dado.
Ayúdame a no esconderlos por miedo o por pereza,
sino a multiplicarlos para tu gloria y la alegría de mi prójimo. Amén.*

PARA LOS PADRES

Los pequeños pueden asustarse con el final de la parábola. Destaquen la alegría del amo y que él quería que todos los siervos entraran en su alegría. Elogien en el niño el esfuerzo, no solo el resultado, como el amo elogió igual a los dos siervos trabajadores.

PARÁBOLA 12



Los trabajadores de la viña

Parábola de Jesús · Mateo 20, 1-16

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 16

Hablamos con los pequeños

p. 18

La historia completa · desde los 8 años

p. 19

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 22

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

En la ladera, la viña estaba llena de uvas maduras. Los racimos colgaban pesados, dorados y morados, y entre las hojas zumbaban las abejas. Olía a mosto dulce. Era tiempo de vendimia y había mucho trabajo.

Muy de mañana, cuando el cielo apenas clareaba, el dueño de la viña fue a la plaza. Allí esperaban hombres que buscaban trabajo.

—¡Vengan a trabajar en mi viña! —les dijo—. Les daré un denario por el día de hoy.

Un denario era la paga de un día entero de trabajo: lo bastante para comprar pan para toda la familia. Los hombres aceptaron contentos.

Hacia las nueve de la mañana, el dueño volvió a la plaza. Otros hombres estaban allí sin trabajo.

—¡Vayan también ustedes a la viña, y les daré lo justo!

Al mediodía salió otra vez. Y por la tarde, de nuevo. Cada vez encontró gente, y cada vez les dijo lo mismo: «¡Vayan también ustedes a la viña!».

Al atardecer, el sol ya bajaba tras las colinas. Solo quedaba una hora de trabajo. Y aun así, el dueño salió una vez más. En la plaza todavía había algunos hombres.

—¿Por qué están aquí todo el día sin trabajar? —les preguntó.

—Porque nadie nos ha contratado —respondieron en voz baja.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

—¡Vayan también a la viña!

Al caer la tarde, el dueño mandó pagarles, empezando por los que llegaron últimos. Cada uno recibió un denario entero. ¡Por una sola hora de trabajo!

Los que trabajaban desde la mañana pensaron: «¡Nosotros recibiremos mucho más!». Pero también ellos recibieron un denario, lo acordado. Entonces se enojaron:

—¡Trabajamos todo el día bajo el sol, y ellos solo una hora!

—Amigo —le dijo el dueño a uno de ellos—, no te hago ninguna injusticia. ¿No acordamos un denario? Yo quiero darle al último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo ser bueno?

El hombre tenía en la mano todo lo prometido. No le faltaba nada. Solo se le había achicado la alegría, porque miraba la mano de otro.

Aquella noche, cada trabajador llevó a casa un denario. Y en cada casa pudo haber pan en la mesa, incluso en la de aquellos a quienes nadie llamó hasta la tarde.

Así es Dios: bueno con todos. Llama a la gente por la mañana, al mediodía y ya muy entrada la tarde. Y se alegra con cada persona que llega.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Qué buscaba el dueño en la plaza?

Respuesta: Gente que trabajara en su viña.

2 ¿Cuándo llamó a los últimos trabajadores?

Respuesta: Al atardecer, cuando quedaba muy poco del día.

3 ¿Cuánto recibió cada uno al final?

Respuesta: Un denario cada uno, los primeros y los últimos.

4 ¿Por qué se enojaron los primeros?

Respuesta: Miraron lo que recibían otros. El dueño no les había quitado nada.

LO HACEMOS JUNTOS

- Repartan algo rico en partes iguales y hablen de la alegría de dar.
- Mañana alégrate de corazón cuando otro reciba algo bonito.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, tú eres bueno con todos.
Enséñame a alegrarme del bien de los demás. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 3

En otoño, en la tierra de Israel, las viñas daban fruto. En las terrazas de las colinas, las uvas maduraban al sol, y la vendimia no podía esperar: si llovía, la cosecha podía estropearse. Al amanecer, en las plazas de los pueblos se reunían hombres sin tierra propia. Esperaban, con la azada o el cesto al lado, a que alguien los contratara. Al contratado le pagaban al atardecer, y con eso alimentaba a los suyos al otro día.

Una de esas mañanas, el dueño de una viña salió de casa cuando el cielo apenas clareaba. Necesitaba trabajadores y sabía dónde encontrarlos.

Con los primeros acordó un denario al día, la paga habitual por una jornada. Los hombres aceptaron el trato y se fueron a la viña. Sabían lo que les esperaba: un día largo y, al final, una moneda segura.

A la hora tercera, hacia las nueve de la mañana, el dueño salió de nuevo. Encontró en la plaza a otros que estaban sin trabajo.

—Vayan también ustedes a la viña y les daré lo justo.

Esta vez no se habló de ninguna suma. Los hombres confiaron en su palabra y se fueron.

El dueño no se quedó en casa, a la sombra. Salió otra vez al mediodía, y luego a la hora novena, hacia las tres de la tarde. Cada vez encontró gente y la mandó a la viña. Unos habían tenido el fresco de la mañana; otros entraban de lleno en el bochorno del día.

Era la hora undécima, hacia las cinco de la tarde. Faltaba solo una hora para el ocaso cuando el dueño salió una vez más. Las sombras se habían alargado y la plaza se vaciaba. Pero en un rincón quedaban aún algunos hombres.

—¿Por qué están aquí todo el día sin trabajar?

—Porque nadie nos ha contratado.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 3

No habían sido perezosos. Habían esperado todo el día una llamada que no llegó. Quizá miraban el sol que bajaba y se preguntaban qué llevarían a casa aquella noche. Y el dueño no les dijo que era demasiado tarde.

—Vayan también a la viña.

Al anoecer, el dueño le dijo a su administrador: «Llama a los trabajadores y págales, empezando por los últimos hasta los primeros».

Los que llegaron una hora antes se acercaron primero. Cada uno tendió la mano, y el administrador le puso un denario. ¡Un denario entero por una sola hora! El hombre que esperó todo el día en la plaza no volvería a casa con las manos vacías.

Los primeros lo vieron y empezaron a hacer cuentas. Si a los últimos les daban tanto, ellos, que habían soportado el calor de tantas horas, recibirían mucho más. Por la mañana se habían conformado con un denario. Ahora esperaban más.

Pero cuando les llegó el turno, también recibieron un denario cada uno. Nadie recibió menos de lo acordado, pero tampoco más, como habían llegado a esperar.

Entonces empezaron a murmurar contra el dueño:

—Estos últimos trabajaron solo una hora, ¡y les pagas igual que a nosotros, que soportamos el peso del día y el calor!

Su cansancio era real. Pero el dueño no les había negado su trabajo ni rebajado la paga. El enojo les vino solo al ver el regalo hecho a otros.

El dueño respondió a uno, con dulzura pero con claridad:

—Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No acordaste conmigo un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último lo mismo que a ti. ¿O ves con malos ojos que yo sea bueno?

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 3

La mano del trabajador estaba llena, pero sus ojos seguían en la mano del otro. Recibió todo lo que le tocaba y, aun así, ya no podía alegrarse. La envidia no le quitó ni una moneda. Solo la alegría.

La parábola habla del Reino de Dios. El dueño cumple su palabra y paga lo prometido. Pero su bondad va más allá de nuestras cuentas. El don de Dios no es solo para los que creen haber llegado antes y merecer un lugar mejor que los demás.

Una persona puede volver a Dios después de muchos años de extravío. Puede aprender tarde a rezar o a pedir perdón. Recibirla no le quita nada al amor mostrado a quien se esforzó desde pequeño por hacer el bien.

Por eso, la última salida del dueño a la plaza tiene una belleza especial. Era casi de noche, y aun así salió. Vio a los que quedaban y les hizo sitio en la viña.

Al anochecer, los trabajadores vuelven por las callejuelas a sus casas. Cada uno aprieta en el puño un denario. Unos tienen las manos encallecidas por un día entero de trabajo; otros apenas se han empolvado. Pero en cada casa se puede partir pan esta noche. Nadie tuvo que irse con menos para que otro se alegrara.



«Así, los últimos serán primeros, y los primeros, últimos».

Mateo 20, 16



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Dios es bueno con todos; alegrémonos cuando muestra su misericordia también a otros.

El dueño de la viña es Dios, la viña es su Reino, y la paga, el único denario, es la vida eterna, que él regala a todos los que vienen a él. Algunas personas conocieron a Dios desde la infancia y lo sirvieron toda la vida. Otras llegaron más tarde, incluso en la vejez, como el buen ladrón en la cruz. Dios los recibe a todos con el mismo amor. En la noche de la Resurrección, al final de los maitines, se lee el Sermón catequético de san Juan Crisóstomo, que recuerda precisamente esta parábola: el que llegó a la hora undécima no tema, porque el Señor recibe al último igual que al primero. El problema de los trabajadores de la mañana no fue su trabajo, sino la envidia. Olvidaron que trabajar en la viña del Señor ya es un honor y una alegría, no una carga.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Quizá lo has sentido en la escuela o en casa: «¿Por qué él recibe lo mismo que yo, si yo trabajé más?». La justicia importa, pero la parábola nos muestra algo más profundo: quien siempre está pendiente de lo que reciben los demás pierde la alegría por lo que tiene. La envidia te roba la paz, aunque no hayas perdido nada. Intenta alegrarte de verdad cuando un compañero que se ha equivocado mucho cambia para bien, o cuando un amigo nuevo entra en tu grupo. Y si te sientes «el que llegó tarde», a la fe o a un cambio en tu vida, no es demasiado tarde: el Señor todavía sale a la plaza a llamar.



Hablamos en familia

1 ¿Cuánto les prometió el dueño a los primeros trabajadores?

Respuesta: Un denario, la paga de un día de trabajo.

2 ¿Por qué estaban los hombres sin trabajo a la hora undécima?

Respuesta: Porque nadie los había contratado.

3 ¿Fue injusto el dueño con los primeros?

Respuesta: No. Les dio justo lo acordado; solo fue bueno también con los demás.

4 ¿Qué sentimos cuando otro recibe algo bueno? ¿Cómo podemos alegrarnos con él?

Respuesta: Cada uno dice lo que siente; hablen de la envidia y de alegrarse por el bien del otro.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Esta semana, felicita de corazón a alguien por algo bueno que ha recibido o que ha logrado.
- Acoge en el juego a un niño nuevo o a alguien que se queda aparte, como el dueño llamó a los que quedaban en la plaza.
- El juego del pastel: repartan algo dulce en familia en partes iguales, aunque no todos hayan ayudado igual, y hablen de cómo se sienten.



ORACIÓN BREVE

*Señor, tú eres bueno con todos.
Limpia mi corazón de la envidia
y enséñame a alegrarme del bien de mi prójimo. Amén.*

PARA LOS PADRES

Los niños tienen un fuerte sentido de la justicia, y la parábola puede desconcertarlos. No se apresuren a responder. Pregunten: «¿A quién perjudicó el dueño?». Dejen que descubran solos que nadie sufrió una injusticia: la bondad del dueño fue mayor que las cuentas de los hombres.

PARÁBOLA 13



El publicano y el fariseo

Parábola de Jesús · Lucas 18, 9-14

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 25

Hablamos con los pequeños

p. 27

La historia completa · desde los 8 años

p. 28

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 31

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

El templo de Jerusalén se veía desde lejos, blanco y dorado a la luz del sol. Tenía patios amplios, puertas altas y escaleras de piedra por las que subía mucha gente cada día. Dentro flotaba el aroma del incienso y se oían oraciones.

Un día, dos hombres subieron allí a rezar.

El primero era fariseo, un hombre que conocía bien la ley de Dios. Ayunaba, rezaba y daba parte de lo que ganaba. Todos lo tenían por un hombre piadoso.

El segundo era publicano. Cobraba los impuestos, es decir, el dinero que la gente debía pagar a los gobernantes. Muchos publicanos cobraban más de lo justo, y la gente no los quería.

El fariseo fue directo hacia delante. Se quedó de pie, con la cabeza alta, y empezó a rezar:

—Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás, que hacen el mal. ¡Ni como este publicano! Ayuno dos veces por semana y doy la décima parte de todo lo que gano.

Hablaba con Dios, pero miraba al publicano. No pedía nada. No se arrepentía de nada. Había venido a presumir.

El publicano se quedó atrás, lejos. No se atrevía ni a levantar los ojos al cielo. Se golpeaba el pecho con el puño y decía en voz baja:

—¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Nada más. Una oración corta, pero verdadera. El publicano sabía que había obrado mal, lo sentía y le pedía a Dios perdón y ayuda.

El Señor Jesús dijo que el publicano, no el fariseo, volvió a casa justificado, es decir, perdonado y en paz con Dios.

Ayunar y dar son cosas buenas. Pero no nos permiten mirar a los demás por encima del hombro.

El publicano bajó del templo con el corazón ligero. No usó palabras brillantes. Solo dijo la verdad y pidió misericordia. Y Dios, que escucha hasta la oración más pequeña hecha de corazón, lo había oído.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Adónde fueron los dos hombres?

Respuesta: Al templo, a rezar.

2 ¿De qué presumía el fariseo?

Respuesta: De sus buenas obras, y decía que era mejor que el publicano.

3 ¿Qué dijo el publicano?

Respuesta: «¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!».

4 ¿A quién escuchó Dios?

Respuesta: Al publicano, que reconoció sinceramente que había obrado mal.

LO HACEMOS JUNTOS

- Digan juntos la oración del publicano, despacio, con la cabeza inclinada.
- Cuando quieras decir «yo soy mejor», di algo bonito sobre el otro.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!
Haz mi corazón manso y humilde. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 3

En las horas de oración, el templo de Jerusalén se llenaba de gente. Venían de toda la ciudad, subían las amplias escaleras de piedra y cruzaban las puertas adornadas. En los patios resonaban cantos, y el humo del incienso subía despacio hacia el cielo. Unos rezaban en voz alta; otros, en silencio. Unos se ponían delante, a la vista; otros, más atrás, junto a los muros, con la cabeza baja.

Uno de esos días, dos hombres subieron al templo a rezar. Uno era fariseo; el otro, publicano. Habían venido al mismo lugar, ante el mismo Dios, pero cada uno traía otra manera de mirarse a sí mismo y a los demás.

Los fariseos conocían bien la ley y la cumplían con esmero, y muchos los miraban con respeto. Para este fariseo, el ayuno y dar parte de sus ganancias eran costumbres bien arraigadas. Tenía muchas buenas obras que mencionar.

El publicano tenía un oficio mirado con desconfianza. Cobraba los impuestos, y muchos publicanos engañaban a la gente cobrando más de lo debido. Sin embargo, este hombre había venido al templo con las faltas que ya no quería ocultarle a Dios.

El Señor Jesús contó esta parábola para algunos que, confiando en sí mismos, se creían justos y despreciaban a los demás.

El fariseo, de pie y a la vista, rezaba para sí. Su oración empezó con una acción de gracias, y al principio parecía bien encaminada:

—Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos... ni como este publicano.

En medio de la acción de gracias se había colado una comparación. El fariseo no pedía ayuda para guardarse del mal. Se ponía por

encima de los demás y usaba al hombre de al lado como prueba de su propia bondad.

Luego siguió:

—Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que gano.

No eran palabras vacías. El ayuno exigía dominio de sí, y el diezmo, la décima parte de todas las ganancias, significaba no quedarse con todo. Pero en su oración, esas obras se habían vuelto una lista de méritos con la que se medía frente a los demás.

No pedía perdón por nada. Todo lo bueno que veía estaba en él, y todo lo malo, en los demás. Había venido a acercarse a Dios, pero sus palabras lo alejaban del hombre que rezaba a pocos pasos de él.

El publicano estaba lejos, junto al muro. No quería ni levantar los ojos al cielo. Se golpeaba el pecho, señal de dolor y arrepentimiento, y decía:

—¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!

Nada más. No buscaba palabras que lo hicieran parecer mejor. No decía que el mal que había hecho estaba bien, ni intentaba achicarlo señalando las faltas de otro. La palabra «pecador» no era un apodo que le pusieran los demás. La decía él mismo de sí.

Y, sin embargo, su oración estaba llena de esperanza. Si no, no habría subido las escaleras del templo. Creía que la misericordia de Dios era mayor que sus faltas.

Entonces el Señor Jesús dijo: «Les digo que este bajó a su casa justificado, y no aquel». El publicano, no el fariseo.

Al publicano no se le alababa por haber obrado mal. Vino

arrepentido y deseando ser ayudado, y esa oración le había abierto el camino para enderezar su vida.

Por fuera, nadie habría visto cambio alguno. Las mismas escaleras, las mismas puertas, la misma gente. Pero el publicano bajaba con el corazón aliviado: había dicho a Dios la verdad sobre sí y había sido acogido.

Esta humildad no significa creerse sin valor. Quien pide perdón no dice que ya no puede hacer nada bueno. Reconoce lo que ha estropeado y busca fuerzas para empezar de otra manera.

Tampoco el fariseo tenía que renunciar a sus buenas obras. Solo tenía que dejar de usarlas para mirar a los demás desde arriba. La mano que da puede seguir siendo generosa, y el corazón puede aprender a ser manso.

El publicano llevaba a casa un regalo que no podía darse a sí mismo: el perdón. Sus palabras habían sido pocas, pero el camino que abrieron podía abarcar una vida entera.



«Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Lucas 18, 14

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

**Dios escucha la oración de un corazón humilde,
no la de un corazón orgulloso.**

Con el Domingo del Publicano y el Fariseo empieza cada año el período del Triduo, que nos prepara para la Gran Cuaresma y para la Pascua. No es casualidad: la Iglesia nos muestra desde el principio que no podemos caminar hacia la Resurrección con el orgullo del fariseo, sino solo con la humildad del publicano. El ayuno y la oración son buenos solo si nos hacen más mansos y más amorosos, no más engreídos. La humildad no significa creer que no vales nada. Significa verte de verdad, tal como eres: con los dones recibidos de Dios y con tus faltas. El humilde no se compara con los demás para sentirse mejor. Se mira a sí mismo a la luz de Dios y le pide ayuda.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Las redes sociales son a menudo una gran «oración del fariseo»: mostramos lo que hacemos bien, nos comparamos, juzgamos a otros en los comentarios. Es fácil sentirse mejor que «esos de ahí», incluso en cuestiones de fe. La parábola te pregunta: cuando rezas o vas a la iglesia, ¿lo haces por Dios o para quedar bien? Y cuando te has equivocado mucho y sientes vergüenza, acuérdate del publicano: no tuvo que ser perfecto para ser recibido. Solo tuvo que ser sincero.



Hablamos en familia

1 ¿De qué presumía el fariseo en su oración?

Respuesta: De que ayunaba dos veces por semana, daba el diezmo y no era como los demás hombres.

2 ¿Qué dijo el publicano?

Respuesta: «¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!».

3 ¿Cuál de los dos volvió a casa justificado?

Respuesta: El publicano, porque se humilló.

4 ¿Está mal ayunar y hacer buenas obras?

Respuesta: No; lo malo es enorgullecerse de ellas y despreciar a los demás.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Aprendan de memoria la oración del publicano y díganla cada noche esta semana.
- Cuando quieras decir «yo soy mejor que él», detente y di para tus adentros algo bueno de esa persona.
- Hagan una buena obra en secreto, sin contárselo a nadie.



ORACIÓN BREVE

*¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!
Quítame el orgullo y dame un corazón humilde,
para que no juzgue a nadie. Amén.*

PARA LOS PADRES

Pueden representar la historia: un niño hace de fariseo, erguido y orgulloso, y otro de publicano, con la cabeza baja. Los niños sienten la diferencia en el gesto. Cuidado con acabar diciendo «gracias, Señor, porque no soy como el fariseo»: sería el mismo orgullo.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

Nuestras propias historias

Aquí guardamos algo bueno que pasó en casa, una historia de los abuelos o una oración escuchada.



El bien empieza con un pequeño paso.